

diálogos sonoros de un meteorito con otros materiales

Laura Jiménez Izquierdo

Echando la vista aproximadamente 4000 años atrás, cuando la única de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo que sigue en pie se estaba levantando y los primeros papiros comenzaban a ser pintados, un cuerpo irrumpió en los dominios de Shu, dios egipcio del aire y encargado de separar el cielo (Nut) de la tierra (Geb). Un cuerpo que venía de los dominios de Nut y quería acceder a los de Geb.

Un cuerpo extraño. Un cuerpo celeste y sideral. Un asteroide sin nombre –quizás con él y nunca lo sabremos– decidió aterrizar en un nuevo planeta, en un nuevo hogar. Shu, le dejó pasar y quizás como regalo etéreo hacia Geb, lo convirtió en una lluvia de fulgentes meteoritos.

Un rocío estrellado que acaeció sobre Chaco Austral (Argentina). Una lluvia de cuerpos sideritos que [re]nacieron y fueron [re] nombrados: Campo del Cielo. Y, volviendo al más inmediato pasado, por cuestiones del más inopinado azar, uno de aquellos testamentos cenizos de lo que un día fue un asteroide llegó a manos de Mikha-ez, y se convirtió en el alma de su nueva obsesión artística: Campo del Cielo.

Este pequeño meteorito que no supera los 63 cm² nos llega como testigo de su historia y Mikha-ez quiere comprender y explorar todo mínimo detalle que este pueda ofrecerle.

Desde que conozco a Mikha-ez me ha fascinado la delicadeza con la que a través de medios tan industriales y sintéticos trabaja conceptos y temas tan propios y esenciales de la naturaleza, cuyo ser y razón escapa del entendimiento humano, al menos en su totalidad. Él sabe cómo mimar la condición de algo orgánico y, sin que pierda su ser, reinterpretarlo y presentarlo. Delicadeza que siempre me recordará a Olafur Eliasson, al igual que el interés compartido por ambos por la ciencia y la vuelta de página a nuestra manera de observar la realidad.

La realidad de un meteorito llegado de la sublimidad del espacio. De un meteorito que bien, como imagina el propio artista podría haber sido el asteroide B 612 de El Principito de Antoine de Saint-Exupéry, o quizás uno de los metales que intentó utilizar José Arcadio Buendía en su intento de fabricación de la piedra filosofal en *Cien Años de Soledad*, o una de las estrellas que escucharon atentas los cuentos de Scheherezade durante esas *Mil y una noches*.

La realidad de un cuerpo que ha abandonado su hábitat y que ahora –y desde hace más de 4000 años– vive en nuestro entorno, el cual es ya su hogar. Mikha-ez, que quiere escuchar todo lo que este fragmento siderito lleno de recuerdos y ecos de historia pueda contarle, decide darle voz y ponerlo a dialogar.

Diálogos sonoros de un meteorito con otros materiales es una colaboración de Mikha-ez y Crisne en la que ponen al meteorito Campo del cielo a conversar con 16 distintos materiales de nuestro hábitat físico. Una pieza sonora en la que captan los sonidos

producidos por la fricción entre cada uno de los materiales y la superficie del meteorito. Un diálogo entre este cuerpo espacial y los diferentes cuerpos terrestres que lo rodean.

Ya en 1952 John Cage había dispuesto 4 minutos y 33 segundos a su público a escuchar y dialogar con todo el entorno que le rodeaba, a escuchar el silencio. Diez años más tarde, en *0'00''* mostró la musicalidad de cualquier entorno doméstico, preparando y cortando verduras para introducirlas en una licuadora y luego beberse el zumo. El público casi pudo escuchar los sonidos de su tráquea al ingerir el líquido. Una forma de mostrar cómo “no solo la música es hermosa, sino la música que tiene vida en sí misma”.

Una musicalidad natural que nos puede llegar a sorprender. Porque, ¿cómo reacciona un meteorito en un medio hostil y nuevo para su corpus, para su esencia cósmica? ¿Qué nos puede llegar a contar? ¿Qué experiencia estética puede transmitirnos?

Mikha-ez y Crisne comparten con nosotros un diálogo del contacto de este ente celeste con materiales de diferentes naturalezas. Por un lado con los primeros materiales de los que se vio rodeado, los más orgánicos y puros, como la madera o el hielo. Por otro, con aquellos en los que quizás se vea más reflejado, al compartir con ellos su carácter metálico, como el bronce, el oro o el acero. Finalmente, tocado por la mano del hombre, el meteorito se ve rozado por elementos manufacturados y producidos por este como el polimetilmetacrilato o el papel.

Y ahora, dispuestos a escuchar, a detenernos y percibir esta pieza sonora. ¿Qué podemos esperarnos de un diálogo entre un cuerpo venido del cielo con uno innato terrestre? ¿Y con ese metacrilato de metilo polimerizado de una naturaleza tan industrial, ajena y extraña al meteorito? ¿No nos deparará una discrepante cacofonía?

Pero, ¿quién sabe? Con el don de Midas que tiene Mikha-ez de volver delicado todo lo que toca, puedo esperarme una dulce y apacible armonía de fricciones agudas y graves que nos cuenten cómo convive y reacciona Campo del Cielo con todo lo natural y artificial que le rodea en su nuevo hogar.